

# LOS LISPERGUER Y LA QUINTRALA

De Benjamín Vicuña Mackenna Editorial Francisco de Aguirre O. 1972

Por FERNANDO DURAN V.

Dentro de la memoria de nuestros historiadores del siglo pasado, hay uno que constituya una excepción. Y qué prodigiosa, extraordinaria excepción! Se llama Benjamín Vicuña Mackenna y es, en medio de la opacidad y del aire de inventario de tantos otros, un chispazo de fantasía, un estallido de imaginación y de poder creador.

Con los demás se diría que la historia es una fatigosa estadística, una enumeración de nombres, de sitios, de fechas y de batallas. Nada de humano, de personal y sorpresivo aparece detrás de esos murallones que tanto se parecen a los adobes de que en aquellos tiempos se construían las paredes. Ningún color, ninguna línea graciosa, ningún rasgo caprichoso o que salga de la aburridora uniformidad. En cambio, en Vicuña Mackenna resalta la agilidad del trazo, la vitalidad de la frase y de la expresión y, sobre todo, la fuerza con que la historia se convierte en comedia o drama, es decir, en trama protagonizada por alguien y convertida en accidente o episodio en el cual podemos entrar como en un lugar inmediato, que nos toca y de algún modo nos pertenece.

Eduardo Salas Corvalán distingue "facetas" en este libro y, ciertamente, en nuestro pasado, por lo menos tres columnas. La primera, que trata y empeña en organizar la conquista y en asentar la colonización, es sacudida por otra nerviosa, arbitraria y dislocada, de índole netamente barroca, hasta que abre perspectivas al siglo XVIII, en que Chile cobra una forma y un perfil que harían posible la ya tan temida emancipación.

Sobre este convulso y tragico fondo del siglo XVIII, la historia chilena dibuja un rostro enigmático en que crónica y leyenda, verdad y mito, se juntan para crear al personaje más desconcertante y esquivo de esa época: la Quintrala.

Quien era esta mujer, mezcla de hechicera y de pasión, de vulgaridad y de refinamiento, de orgullo y de plebeidad, que llena con firma tan abocinante todo ese pasado? Su origen es tan turbio y complejo como su vida. Lleva en su alma y en sus temas —hasta donde se entrelazan!— una sustancia pugna y contradictoria que debería atravesar a siglos, siglos y patólogos. Le hace falta un analista moderno que la estudie y la explique. Marañón, con tema más exiguo, traza la silueta de Enrique IV de Castilla, y con mejor material escribió un "Tiberias", en que analiza la trayectoria de un resentimiento en el alma traumática por sus intimas reversiones.

La personalidad de Catalina de los Ríos Lisperguer, la Quintrala, es un enigma desafiante, alejado en el corazón del siglo XVIII y todavía incitante para quien quiera descifrarlo. Su abuelo, el alemán Karlheinz Blümen, cuyo apellido se tradujo al equivalente español de Flores, casó con Elvira, la hija del cacique de Talagante, de cuyas nupcias nació una bondadosa mujer, Agueda Flores. Esta hija de carpintero alemán y de indígena, fue el foco de donde surgirían las bogueras que arrojarían sobre la vetusta colonia tantas sombras como luces. Porque Agueda, en cuas venas chocas-

sa la sangre germana con la indígena, contrajo matrimonio con otro alemán, ahora de gran alcurnia, Pedro Lisperguer de Wittenbergue (Wittenberg según los roles pergaminos), que había sido page de Carlos V y formaba en la escuela juvenil de Garra Hurtado de Mendoza. De estas nupcias europeo-indígenas vienen los Lisperguer Flores, que en tres nombres dan toda la dimensión de su dramatismo: Pedro, el pendenciero; María y Catalina, esta última madre de la Quintrala.

Las dos hermanas Lisperguer se ven envueltas desde jóvenes en crímenes dignos de cortes italianas, tales como el intento de envenenamiento del hombre galante y gobernador Alonso de Ribera y el envenenamiento del propio padre. La atrevida doña Catalina, que iba a sobresalir en esta comparación, contrajo matrimonio con Garra de los Ríos, cuyo hijo tampoco desmerece del de la conyugal. Marido complaciente, cómplice de su terrible esposa, debió su nacimiento a doña María de Ríos ex amante de Pedro de Valdivia que, al despedirse de ella, supo colocarla como mujer de De los Ríos. Como ella era de armas tomar, no se decurso demorarse en hacer morir a su esposo en una escena digna de Hamlet, narrando merced a burlando en sus días, mientras el despreciable dormía un sueño que no sabríamos calificar si era el de los vivos.

Catalina de los Ríos Lisperguer, hija de tan retorcida pareja, heredó y acentuó sus tendencias. Asesino a su padre, mató a más de un amante cedido a su alcohol. Intentó dar muerte a un fraile que le encontró sus escandalos, dio la orden de matar a un cura de La Ligua, hizo sus amantes y torturas, según los solacidos comentarios de la época, a sus sirvientes y, en fin, sembró su larga y fastidiosa vida de un reguero de crímenes tan abundante como su fortuna.

Es un caso insólito en la arremanada jaguador colonial, que más parece digno de figurar en una historia decadentista o en un tratado de anomalías de la personalidad. Vicuña Mackenna no sólo se fijó en ella, con su ávida pupila de historiador y novelista, sino que le confirió una vida en que resalta el trasfondo barroco de aquel tiempo. Eran los días de una España estrechecida, que empezaba a dislocarse, en que la monarquía española siente los síntomas de lo que será su decadencia. Los reyes apelan a valdies, las guerras empujan fatigosamente el horizonte y la gran discusión religiosa debilita el alma militar de Europa. Mientras esta busca su equilibrio y se debate en luchas de conciencia y de armas, el lujo, la abundancia, el placer, lanzan su oleaje de olas y de moloches. La colonia siente una tentación parecida. La violencia de las armas, la pasión del lusto, el refinamiento de una aristocracia que abandona la sana simplicidad de los primeros tiempos, se añaden a la inseguridad interior. No es extraño que, aunque en su condición excepcional, sea entonces cuando surge una Quintrala, como la excentricidad —sicológica por donde se quiera y se desahoga una sociología atormentada y torcida.

Eduardo Salas Corvalán vio con perspicacia este cuadro social, como el nacimiento

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

## Los Lisperguer y la Quintrala



"del conculco de una sociedad informe y brava con una cultura superior y de traicionante la pasión violenta, la crueldad, los excesos del tipo y del jango, la furia irrefrenable, las dardos y rejas en las calles y las tremendas venganzas, sobresaltan la serena y silenciosa atmósfera chilena. Luego la ola pasa y en el siglo XVIII se juntan de nuevo los vientos resacas y se consolida un régimen que, a través de su sólida organización, hará todo lo necesario para que la independencia encuentre una base en que cimentarse.

Pero este es capítulo aparte. Lo interesante es el Vicuña Mackenna que, corriendo tras el documento y escarmentando el archivo, compilando el dato pero también, enriqueciendo con la aguda adivinación, reconstruye toda una época y la convierte en escenario de unos personajes cuya avasalladora originalidad se apodera del lector.

Al lado suyo, las viejas historiadoras son autores de crónicas lentas y abarridas, padres del burocracia y anales del hastío. Y no es porque el amor evocador del pasado tuviera más archivo a su alcance o dispusiera de documentos inaccesibles a los demás. Era sólo porque tenía ese toque celestial, que nace con los hombres y muere con ellos, que no otorga ninguna canchada ni se ensaña en ninguna Universidad. El de poseer una carismática humanización de una fantasía aguda y recueta, el de acercar el pasado y hacerlo inmediato, el de borrar la distancia del tiempo y convertirlo todo en actualidad.

Ahora Santiago recuerda el centenario del Cerro Santa Lucía, brotado de la mente y del estómago genial de este hombre extraordinario, al que nada me extraña, desde la historia hasta la política, desde el Parlamento hasta el urbanismo, desde la labor periodística hasta la noble administración.

Sus obras de historia son también otro Santa Lucía en el peregrino cuerno de los admanes y soporíferos relatos. Donde los demás no ven sino el polvo de los archivos y sentían el choc rancio de la humedad de los pergaminos, este insuperable don Benjamín era capaz de adivinar vergües y, lo que es más maravilloso, de hacerlos surgir a fuerza de ingenio de la boca, según y del modo imperioso.

## Los Lisperguer y la Quintrala [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1972

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Los Lisperguer y la Quintrala [artículo] Fernando Durán V.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile